

**Palabras de Luis García Cárdenas,
Miembro del Consejo de Honor
del INAP**

Empezaba yo a pergeñar notas, pero qué bueno que no tuve tiempo. Y no puede uno pergeñar notas alrededor de Gustavo Martínez Cabañas porque los treinta y tantos años de conocer al viejo y querido Maestro le exigen a uno hablar de corazón.

Don Sealtiel Alatríste, Director del Instituto Mexicano del Seguro Social, con quien yo trabajaba desde 1958 –él asume la Dirección del Seguro en el 64, al inicio del gobierno del Presidente Gustavo Díaz Ordaz–, me llama una mañana a su oficina y me dice: “Vas a viajar a París acompañando a Gustavo Martínez Cabañas, que representa a México y al Instituto de Administración Pública –se llamaba así en esa época–. Apóyalo en lo que puedas y sé útil a un gran profesor universitario”. Esta fue la manera como me impuse del conocimiento de que existía un ser humano que se llamaba Gustavo Martínez Cabañas.

Nos subimos al avión, un avión del año sesenta y tantos, ya de reacción, pero de asientos muy estrechos y me encontré con un individuo de una impresionante sencillez. Ya en pleno vuelo me dijo: "¿Trae usted hambre?". Pues sí —le dije—, sí tengo un poco de hambre. "Pues a ver cómo le hace porque en estos aviones no se come, se teje". Y es que eran tan estrechos los sillones que, efectivamente, tenía uno que manejarse con los codos pegados al cuerpo y no comía; se tejía. Esta fue mi primera impresión de Martínez Cabañas, hombre peculiar hasta para estas cosas. Pensé: no tiene remedio, voy a conocer a un hombre excepcional. Treinta y tantos años de constancia lo confirman.

Llegamos a París. En las primeras inscripciones y todo lo que ocurre en estos eventos internacionales, Martínez Cabañas era a la sazón Vicepresidente del Instituto Internacional, como ha dicho Adolfo Lugo. Lo toma uno de los personeros —como dicen en Bolivia— de la administración internacional y le dice: "Maestro, le toca a usted decir en francés el discurso de orden". —¿En dónde?, pregunta Martínez Cabañas—. "Pues en el Museo del Louvre". —¡Ah, caray!, dice el guerrerense, —y ¿en dónde precisamente?— "Pues debajo de la Victoria de la Samotracia". —¡Ah caray, caray!, dice otra vez Don Gustavo. Y, lógicamente, ya no había otra prioridad inmediata, además de asistir al Congreso, que apoyar al Maestro a elaborar ese texto.

A las volandas, como muchas veces se hacen las cosas en el ejercicio político y administrativo de los países en desarrollo, se pergeñaron algunas notas con el apoyo de una muy guapa sobrina suya que recuerdo todavía. Me impactó mucho que de las notas hechas a vuelo de

pájaro, Don Gustavo casi las dejó de lado –probablemente inspirado por aquella Victoria de la Samotracia– y de una manera magistral, verdaderamente extraordinaria y sencilla a la vez, pudo manejar una expresión que no solamente correspondía a su país ni a los países en desarrollo, sino que decía, en una manera magnífica, una verdadera ponencia de administración pública. El señor que me había enseñado a tejer en los aviones me muestra nuevamente, a muy corto plazo, todo lo que podía decir cuando se le invitaba a hablar en nombre de la administración pública internacional.

Pasan los años, como yo le digo a mi viejo querido, más que amigos nos hicimos cómplices. Aquí está su mujer, aquí están sus hijos. Viene –y de esta mesa nadie me dejará mentir, porque casi todos fuimos partícipes– de una manera muy protagónica, muy intensa, muy comprometida, el Décimo Sexto Congreso Internacional de Ciencias Administrativas. Tiene la distinción nuestro país de ser la sede. El Centro Médico es el lugar. Andrés Caso era el Presidente del Instituto, yo era Secretario Ejecutivo. Por alguna circunstancia que me parece mucho más señera rescatar que ejercicio protagónico, que ejercicio individual, México sintió en su dimensión administrativa, con Alejandro Carrillo en esa época, junto con Gustavo Carbajal y mucha otra gente, con el señor Cervantes del Río en la Secretaría de la Presidencia, que era importante distinguir a un país de los ahora llamados del Tercer Mundo, antes se llamaban en vías de desarrollo, por la importancia del papel de la administración pública en la evolución integral de nuestros países.

La mejor manera de confirmarlo era precisamente buscar la presidencia del Instituto Internacional de Ciencias Administrativas que, como todo este auditorio sabe de sobra, es la representación cimera de nuestra disciplina y tiene su sede en Bruselas. Había un candidato fortísimo que era nada menos que tutor del entonces príncipe Juan Carlos –actual rey de España– Ministro de la Defensa, Ministro de Finanzas, Ministro de Planificación y habilísimo hombre del Opus Dei, que respondía al nombre de Laureano López Rodó. No sé si viva, mis respetos, desde luego, a él.

En esas aventuras de la administración, Andrés Caso me manda algo que es terriblemente sacrificante para cualquier mortal: viajar a lo largo de distintos países para, primero, explorar y después, apuntar la posibilidad de que un mexicano fuese presidente del Instituto. Pueden ustedes imaginarse el escándalo, el cisma, la herejía que significaba que ese país que accidentalmente era sede del Congreso, se atreviese a plantear que un mexicano llegase a acceder a la presidencia del Instituto Internacional. Vemos, sin embargo, que poco a poco –y aquí mucho tiene que ver la calidad intelectual y moral de Gustavo Martínez Cabañas– va ganando peso su candidatura y que vamos cobrando adhesiones no solamente las naturales de los países en desarrollo, de los menos desarrollados en el mundo, sino países importantes en Europa, los propios Estados Unidos y Canadá. Empezamos a darnos cuenta de que podríamos ganar. Me acuerdo mucho, y me diría Alejandro Carrillo que lo inscribo en mi tradicional frivolidad, cuando le dije a Martínez Cabañas ¿qué me va a dar si ganamos? Me contestó: “Una botella de cham-

pañã", que no ha cumplido. Pero, le dije, no tengo manera de avisarle a usted; porque a él, lógicamente, lo habían excluido del foro de la elección. Teníamos una votación que empezó a las once de la mañana en la Academia Nacional de Cirugía en el propio Centro Médico, con aquellas magníficas maderas, con sus adustos doctores que nos contemplaban, y se empataba y empataba la decisión, una y otra vez.

En esas circunstancias un representante de un país que después fue sede del Congreso, Arabia Saudita, me dijo: "Si votamos por el mexicano, lo único que queremos es que se reconozca la lengua árabe como oficial; nosotros pagamos las traducciones y damos el voto por ustedes". Me urgía decírselo al futuro señor presidente y, como él estaba en la cafetería, habíamos acordado con Ana, aquí presente, que siempre está con él, que no me dejará mentir, y para quien quisiera provocar un aplauso... con esa gran señora habíamos acordado que, como estaba una vidriera de por medio, yo iba a tirar al aire mi suéter para decirle: Ya es presidente Martínez Cabañas. Yo tiraba mi suéter y ellos, absortos en una de esas pláticas metafísicas que realizan, literalmente, no me atendían. Finalmente, tocaba yo la vidriera y volvía a tirar el suéter y él me contestaba que qué quería. Yo le gritaba: Ya es usted presidente y me contestaba: Sí, sí, sí; pero no se daba cuenta de lo que pasaba. Corrí, dí la vuelta a la cafetería y le dije: Don Gustavo, me honra mucho ser el primero en abrazarlo y en decirle qué importante para nuestro país, para nuestra disciplina, que usted como ejemplo para nosotros, sea presidente del Instituto.

Pero quiero destacar la otra parte que más distingue a Don Gustavo. En las negociaciones de la votación, precisamente por lo inusual de la toma de plaza, porque literalmente les habíamos tomado la plaza a los europeos, se había acordado que no habría reelección a la presidencia, a pesar de que estatutariamente está autorizado y permitido por el Instituto Internacional de Ciencias Administrativas. Los tres años de Martínez Cabañas en Bruselas, desde México, con frecuencia asistía a las reuniones y patrocinaba con su enorme envidia y empuje todas las actividades del Instituto. Ello provocó, como no es sorpresa para ninguno de ustedes, ser merecedor por aclamación a un ejercicio natural para una reelección. La mejor lección de honestidad que he recibido en mi vida, recibida de esa sencillez republicana que, decía Lugo, tiene Martínez Cabañas –y ustedes saben que es cierto– fue cuando en alguna ocasión que estábamos comiendo en Madrid con quien buscaba entonces la presidencia, que había sido votado de largo y que era López Rodó, dijo Martínez Cabañas: “Yo hice un compromiso y lo hice hacia afuera, pero sobre todo hacia adentro y tengo que cumplirlo”. Estando seguro de que ganaba por aclamación el segundo periodo de hombre probado, él pide dejar la presidencia. Para mí fue verdaderamente la manifestación cumbre de la honestidad intelectual y académica, pero sobre todo, de honestidad de hombre de bien.

Siento, pues, el paso de Don Gustavo a lo largo de sus tantos años. En alguna ocasión, estaba yo con mi hija Ana en Londres y le dije: “Hoy seis de julio, cumple ochenta años Martínez Cabañas y le voy a hacer una llamada”. Mi hija, que es medio mercantilista, me preguntó: ¿Quién te

la va a pagar? "Mi conciencia y mi cariño", le dije. Y la pagué, de verdad. Lo que quiero decir es que sí le llamé, él estaba en Cuernavaca, por lo que no hubo respuesta, pero le dejé la constancia. Probablemente, este sea el foro para decir que esa llamada de Londres, ahora expresada colegiadamente, diga todo lo que a lo largo de sus tantos años de Maestro y de amigo hemos recibido de Martínez Cabañas.

Al Congreso de Abidján, que siguió al de México en 1977, fuimos algunos a representar al País, Pepe Chanes, Elena Jeannetti, Adolfo Lugo. Es tradicional que a la mitad del Congreso se haga un receso de medio día para oxigenarse. Nos invitaron a una comida a la playa de Costa de Marfil, cerca de Abidján. En un momento dado, se acercaban ya las viandas, hacía un calor intenso. Frente a nosotros estaba un mar muy bravo, muy tipo de Pie de la Cuesta y alguien dijo: "Bueno, un chapuzón". ¡No, qué chapuzón, con esas olas enormes! Hubo dos personas que se quitaron parte de la ropa -casualmente, quizás, traían traje de baño- uno era Donald Stone, el gran viejo magnífico Ministro de Presupuesto y de Management en la época de Roosevelt, el otro era Martínez Cabañas. Los dos sin mayor problema del agua, regresaron. "Está muy rica el agua dijo Martínez Cabañas"; sí Maestro, está muy rica pero vamos a tomarla mejor con whisky. Esto por decir, quizás de manera muy frívola, pero también muy cariñosa, lo que sentimos por nuestro amigo, por nuestro cómplice.

Leyendo estos días -tenemos los vicios de Kafka y de Borges- encontré algo que probablemente quisiera rega-

larle a Martínez Cabañas. Hablaba de un hombre que se reclinaba sobre su nostalgia y sobre sus crepúsculos. La nostalgia puede ser que la inscriba en Martínez Cabañas; los crepúsculos todavía no empiezan a pintar en este precioso ser humano. Yo creo que recojo, y le digo a nuestro gran amigo el sentimiento de gratitud y de enseñanza que hemos recibido, pero sobre todo, como dijo muy bien Adolfo, el vigor que nos demuestra, la reciedumbre, la verdaderamente acrisolada honestidad, que son nuestro orgullo permanente.

Muchas gracias.